



REMIGIO CRESPO TORAL

B.  
225

# BOLIVAR

## EL HEROE Y EL GENIO DE AMERICA

(EDICIÓN ESPECIAL DE LOS N.º. 21, 22 Y 23 DEL BOLIVAR DE LA  
ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA)



QUITO—ECUADOR

IMPRIMERIA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

1924



# BOLIVAR

---

## EL HEROE Y EL GENIO DE AMERICA

---

### EL OCASO DEL GRANDE HOMBRE.

En una tarde de aquellas maravillosas del trópico, llegaba a orillas del Mar Caribe, forzado a la proscripción, el hombre que en veinte años había monopolizado la fama; libertando una buena porción del planeta, creando cinco naciones, y manteniendo el decoro de la América Latina, al frente de Inglaterra, de Francia, de Europa, ante el mundo.

Su grandeza, para lograr la final consagración, debía acrisolarse en la sublimidad trágica de la caída. No se concibe la eminencia en la felicidad ordinaria y prosaica. El lo había dicho: "No se llega impunemente a la cumbre". . . .

Así Colón, el descubridor del Nuevo Mundo, hubo de regresar encadenado a Europa: la tierra por él descubierta le devolvió a Europa no por mano de los conquistadores, —sino de émulos oscuros y bajos, de aquellos que van siempre detrás de los grandes hombres, a ensayar en sus talones la mordedura de la envidia. Así Blasco Núñez de Balboa fue colgado de una horca frente al mar del Sur que él bautizó para España.

En los últimos días de su peregrinación, se acercó el Libertador a Santa Marta rodeado de unos pocos y fieles amigos: el equipaje marchaba detrás, su ajuar de agonizante y sus papeles que quiso entregar a la

piedad de las llamas. Ya sin recursos, mantenido por la caridad de sus amigos, convencido que le llegaba el instante final, desistió de buscar en Europa un asilo para su tumba.

En la desesperación de aquellas horas, cuando estallaba su nomenclatura en la inyectiva y en las proféticas maldiciones, la persistencia de su amor a Colombia, le forzó a morir en un rincón de playa de la Patria que él había creado.

El 28 de Setiembre, fecha la más negra de la historia americana, una turba de fanáticos y libertarios trató de asesinarlo, a los gritos de: muera el tirano! En ese crimen intervino oculta y parte de los mismos soldados que habían guerreado con él. Bolívar salvó su vida y libertó a Colombia de su mayor ignominia. Pero desde aquella noche de horror, quedó muerto moralmente. En vano los pueblos en masa pidieron su dictadura y la nueva organización "fuerte y vigorosa" de la República.

En breves instantes, creyó que podía reconstituírse la Patria, acallando el tumulto de las pasiones y reunidos los Representantes de la Nación para consolidarla en una gran Asamblea Constituyente. Se reunió la Convención con la Presidencia de Sucre; pero estaba decretada la ruina de Colombia; pues la conflagración general, desde Bolivia hasta Venezuela había hecho irremediable la disolución de la República, sobre cuyas fracciones debían levantarse nuevas y mermaidas soberanías, para satisfacción de afortunados caudillos militares.

Sublevada Venezuela, en fermento todas las fuerzas de destrucción, habiendo renunciado Bolívar el mando, se creyó más conveniente aceptarle la separación. Fue la catástrofe. Colombia no existía sino por el Libertador, y los mediocres y los moderados que quedaron después de él, no podían detener el fracaso de esa obra, que nació del heroísmo y que no podía sustentarla sino el heroísmo.

Pudo rebelarse contra el cataclismo, él que había vencido a la Naturaleza en el año terrible (1812), pudo afirmar su dictadura en el corazón del pueblo que lo adoraba, y aventar esa paja seca de los utopistas, los negociantes, los leguleyos y los timoratos, que habían discutido y estropeado las concepciones de su genio.

Tentó el recurso de conciliación de entregar el poder a un hombre civil, reservándose el mando general del Ejército, para dar fuerza a la autoridad política y conservar, por la alianza de la ley y de la espada, la República moribunda.

Mas, en las juntas secretas, los secundarios, los ruines, la canalla que usufructuaba de la victoria, habían decretado la proscripción del Padre de la Patria. Se principió por denostar y echar afuera a heroicos tercios venezolanos, y a poco los puñales de innobles conjurados abrían cien bocas en el retrato del Libertador pendiente en las paredes de la Corte Suprema de Bogotá.

Vino en seguida la asonada militar, la lucha doméstica, a sangre y fuego, y la primera sangre derramada en el asalto del Santuario. Bolívar, rastreado en su casa de campo de Fucha, comprendió que había llegado el fin, sobre todo cuando notó vacilación y timidez en sus mejores y viejos amigos. Además sentíase agotado, vejez prematura había adelgazado sus fibras y extendido la nieve del tedio en sus venas; en sus huesos callaba el frío de las últimas horas. Desde el cielo, desde las montañas, llegaba la solemnidad de las sombras.

Los partidarios que le quedaban, quizás hasta para su seguridad, aconsejaronle huir; y tomó tranquilamente el camino de la proscripción. Antes fue en una escena de tragedia, su despedida del gran Mariscal de Ayacucho, en la que los dos héroes mezclaron sus lágrimas en una sola corriente.

El Libertador atravesó la Sabana hacia Facatativá, tomó el camino de Honda y urgido todavía por quienes temían un golpe de mano contra él, se embarcó en el Magdalena: el sombrero en la diestra, dió el saludo final a sus camaradas y en ellos a Bogotá, cumbre un día de su gloria y cárcel de su martirio.

En peregrinación de desilusionado y enfermo, avanzó a Barranquilla, a Turbaco, a la playa de la Popa, junto a Cartagena. Allí recibió noticia de las postreras convulsiones de Colombia. Allí se le comunicó oficialmente el decreto del Primer Congreso de Venezuela que exigía a los Poderes de Nueva Granada la expulsión del Libertador. Los moderados Mosquera, Caicedo, etc., no ahorraron al gran hijo de Caracas ese detalle de su suplicio. La primera; la querida Patria pedía su destierro, como preliminar y condición de paz.

Una noche a las once, las autoridades militares de Cartagena, con el General Montilla a la cabeza, llegaron apresuradamente a la morada del Libertador. Le traían la inusitada, tremenda nueva del asesinato de Sucre. Bolívar saltó del lecho, en locura de dolor, y no tuvo más respuesta que un largo y tormentoso silencio. Terminó la noche paseándose aceleradamente en el corredor de su vivienda frente al mar. Desde entonces, la calentura tenaz calcinó sus carnes y quemó sus miembros. La afrenta de Setiembre tuvo un epílogo matador: Berruecos!

Restóle vigor en el espíritu para la indignación ante la ingratitud, lanzó contra ella sus postreras maldiciones; como trompeta final, esparció los clamores de la elegía; vió, en visión de apocalipsis, que no era buena la obra de sus manos, que presto habría de ser entregado a la inclemencia de Dios y a la furia de los hombres; y buscó el mar, la inmensidad del mar, para refugio de su dolor.

Al principio, pensó dejar sus cenizas en Europa, de donde trajo el fuego que había de encender la hoguera de Venezuela, y desde Venezuela trascender a toda la tierra americana. Esperó largamente el barco inglés que le condujese a la hospitalidad de su tumba. Soñó, a manera de gran poeta, morir en el mar, y hallar su sepulcro en el océano, donde pudiese ceder la grandeza de su genio y la enormidad de su desgracia.

Mas la fiebre agotaba sus reservas de energía, y había que morir en Colombia, que le arrojaba de su seno!

Paseábase a la orilla, dialogando a solas, en la majestad de su pena, cada vez con más insistencia buscaba un asilo en la soledad. Entonces fue cuando su alma profundamente religiosa, pidió al Cielo las inspiraciones de la hora postrera. Huyó de la playa de Cartagena, de aquella que en otro tiempo le rechazó también como advenedizo. Ya no era posible que ese cadáver animado, esa ceniza de inmenso incendio pudiese recobrar la perdida sustentancia que sustentase todavía el alma estupenda a la que correspondía—no aquella flaca armazón—sino la arquitectura de un gigante.

Algunos soldados, a quienes la República no necesitaba ya, y huérfanos y viudas, seguíanle en el éxodo doloroso. A esos miserables entre-

gó sus últimos dineros: no le sobraría nada, ni su equipaje. Su espada misma, huérfana, quedaría a discreción de cualquier mercenario.

Huyó de la ciudad a una casa de campo prestada por un súbdito español. Debería la caridad del hospedaje a un adversario, para burla de la gloria y desquite contra la locura de la libertad.

Sus cuentas con el Juez Supremo, que él dijo serían largas y terribles, se ajustaron en el breve plazo de una tranquila agonía; y el Libertador murió, dejando la emancipación como legado y una montaña de ruinas como precio de ese legado.

Murió proscrito, calumniado, vendido por sus amigos, se le llamó tirano, y se villipendió su dictadura paternal y sabia.

La Historia tomó terrible venganza. Muy luego debía ocupar el sillón de Magistrado en Bogotá y asumir las ínfulas de dictador el General José María Obando, siniestra figura del drama de Berruecos....

¿QUIÉN ES?

¿DE DÓNDE VIÑO?

Los seres excepcionales no se forman por evolución de los estudios, por arte de reflexión o según el proceso experimental: son el genio, la violencia instantánea, la inspiración sin antecedente, la ciencia y la conciencia improvisadas, la idea-fuerza, el compendio sintético, un prodigio de la creación. No son la enfermedad, ni se fundan en el desequilibrio: son la supremacía, el último límite natural del talento, el substractum de las facultades, la supereminencia y soberanía, el modelo, el prototipo.

Hijo único de una casa colonial rica, salido a vagar en la libertad adolescente, desperdiciando vida y dinero en las prodigalidades de la vanidad; liberto del amor conyugal, que gustó en breve tiempo con delirio de pasión, habiendo jurado no volver más a sus dulces cadenas, en abnegación caballeresca al culto de su primer amor; educado a saltos, más bien discípulo de sí mismo, observador—en panorama—del gran sistema del mundo moral; ese manco—todo sentimiento, todo acción—vehemente y alucinado, compareció en la escena para el extremo, sin ensayo, sin preparación; y se hizo el protagonista. Los que al principio le disputaron el papel, se hundieron tras los bastidores de la medianía; otros se condenaron al ostracismo político; otros al tormento de la anulación, y alguno más audaz subió las gradas del cadalso.

Tipo perfecto del hidalgo español, del soñador de la Raza, trasladado al trópico. Y del trópico tomó la nerviosa excitación, la vehemencia excesiva, el desborde de energía y de nubes inspirador.

Cetrino, avellanado, el café de América se había ingerido en sus venas, para dar más impulso a la circulación y agitar en transportes de epilepsia y en demencia de entusiasmo, la arteria cordial. Pequeño de cuerpo, etéreo, como ave de alto vuelo, de inverosímiles movimientos, estipulado por interna corriente magnética, se esparcía, se multiplicaba, en el campo de batalla, en las jornadas, para el gabinete, ya en la danza o en el festín, ya en el pupitre o en la alcoba, no conoció limitación, vo-

lando en la amplitud—con alas como las alas de la luz—bebiendo a grandes sorbos el aire de los desiertos y las cumbres, y disipando los tesoros de su talento en las orgías de la imaginación y de la palabra.

En su caballo de batalla, recorrió casi todos los caminos de medio continente, holló la nieve de las altas cimas, se internó en florestas y margales, deslumbrando con su verbo—vertido en las notas de clarín de su elocuencia—en la arenga, en el brindis, en la oración gratulatoria. El instrumento indestructible y acerado no se agotaba, bastábale un ligero frotamiento de emoción para que, inspirado, se derramase en ondas y chispas eléctricas de luminosa proyección.

En sus ojos poseía el poder de la seducción, el imperio avasallador de sus enemigos, de sus émulos. Par, Mariño, Bermúdez, Arismendi, el suspicaz Santander, lejos del rayo de las miradas del genio, creíanse libres para conjurarse contra su fuerza. Al comparecer él, sentían la nada de su inferioridad, y apenas acertaban las arañadas de la lisonja y las excusas de la intriga.

Ser extraordinario, roído por el fuego del genio, mordido por la fiereza del carácter, trasegado en sus venas el humor olímpico del que no es comprendido y se subleva, fbase el mismo, malgastando sus años, desperdiciando el porvenir para la hermosa bancarrota de sus ilusiones, las mayores que un hombre puede alimentar en el breve espectáculo de la vida.

Ejemplar magnífico de la estirpe, nadie juntó en tan cortos días, dentro tan frágil contextura, sobre tan menguada tierra, atributos más altos de hombre, de soldado, de filósofo, de creador de pueblos, de conductor de multitudes, de legislador, de padre de naciones y razas, de orador, de poeta, de vidente. Su faz bronceínea—estatua perenne desde la vida—posee el relieve eterno, inconfundible: la curva de su frente, sus pómulos de excelsa prominencia, el abismo de sus ojos—tienen las líneas y los contornos de la escultura—tipo del héroe y del pensador. El lápiz lo traza con valentía al instante: el perfil de la espada, los focos de luz en las profundas cuencas, la máscara ósea prominente, con aristas y hendiduras denunciadoras de energía y supereminencia. ¿Quién en el universo mundo, no conoce esa fisonomía como de ídolo universal, ora épica, sobre el corcel, ora meditabunda sobre el mármol del sepulcro, ya arrebatada en éxtasis a la orilla del mar, ya pensativa y melancólica ante el desastre de su creación, que se deshizo dejando en el espacio el vacío de su grandeza y el largo crepúsculo de su gloria?

Difícil será encontrar entre los antiguos y los modernos quien así tan rápidamente, en una explosión de catástrofe, se hiciese personaje de primera fila, genio de las armas y consumado estratega, genio de la palabra, voluntad férrea, potencia creadora, diestro al mismo tiempo en las disciplinas de aplicación y en las especialidades de la práctica.

Alejandro tuvo maestros como Aristóteles, que le mostraron las sendas por donde se podía llegar al sitio de los semidioses de Homero. César cosechó la flor de la cultura romana, se empapó de su ambiente de majestad y pulió su personalidad como los prismas del diamante. Napoleón se fundió al calor del horno gigantesco de la Revolución, se educó en ella, y se formó Emperador; el que surgiendo de aquella escuela única de tempestad, debía ser el auriga que rigiese los vientos y empujase el carro del rayo como ZEUS, para traer a la tierra la serenidad posterior al cataclismo.



"Soy, dijo Bolívar, el mismo, y creo no mudaré nunca, porque reside en la médula de mis huesos, mi carácter. Siento que la energía de mi alma se eleva y se iguala a la magnitud de los peligros.... Dios, al crearme, permitió esta revolución, para que yo pudiera vivir. Si Mad. Stael me prestara su pluma, diría que soy el genio de la tempestad". Hijo de oscura colonia de ultramar, no tuvo de ella sino la rebeldía de la raza y la lejana simiente hereditaria. No fue producto de la tierra, sino exótico y exuberante, ejemplar de elección, cuyos lineamientos ancestrales no corresponden a su ideal estupendo, a su acción múltiple y gigantesca y a su obra casi imposible. ¿El medio? hostil; la hora, anticipada; la población, rebelde a la sugestión de la libertad, sin embargo entró a lidiar y vencer; y acabó su empresa militar, venciendo la resistencia de la naturaleza y la tenacidad de los hombres.

Acometió al mismo tiempo sus altas combinaciones políticas que fracasaron, porque carecían de fundamento y firmeza en el terreno social. Mas sus ruinas venerables y fecundas, sobre honrar al constructor del espiéndido monumento, dieron al cabo los sillares de la arquitectura republicana de América, y completarán su felicidad y supremacía, cuando los ciclos geológicos del progreso humano realicen al fin las anticipaciones del genio.

#### EL SOLDADO.

#### EL HÉROE.

Apareció súbitamente, y pidió su puesto de combate. Mas el puesto que exigió desde luego era de los primeros, una promesa del mando supremo. Nadie creyó entonces que el elegante calavera de París y Londres tomase en serio el ejercicio de las armas. Sólo él sabía que debía cumplir el juramento que, con énfasis retórico, hizo un día sobre una de las siete colinas de la vieja Roma patricia.

Incorporado a la expedición de Miranda que trajo a su Patria el prestigio de la Revolución Francesa, más bien que subalterno del Precursor, fue fiscal de sus operaciones. La táctica del Generalísimo no se conformaba con la índole de aquellos hombres, con residuos de la barbarie primitiva. Acostumbrados a los combates de grandes masas y amplio espectáculo de las guerras del antiguo mundo, no acertó con el ambiente, ni pudo vencer la obstinación de las poblaciones, ni formar un verdadero ejército. La campaña metódica y científica no podían hacerla los guerrilleros que ensayaban por primera vez las armas arrancadas al enemigo.

Bolívar, con el fuego del primer impulso, intransigente y altanero, mostró desde el principio que—pues había comenzado con el proyectil—iría derechamente al blanco. Miranda, después de triunfar, juzgando tal vez efímero su triunfo, entregose a los españoles por capitulación, convirtiendo así su honor de General en el martirio de un presidio.... Bolívar rugió de encono patriótico y asumió el cargo de juez inflexible, con la

acerba condena de la equívoca capitulación de Miranda, que no comprendió la responsabilidad de su misión ni advirtió los destinos de América.

Antes que el joven Coronel Bolívar, habfan también guerreado en Venezuela por su libertad: Mariño, Bermúdez, Piar. . . . Bolívar, sin consideración a esos antiguos guerreros, tomó de hecho el puesto de jefe, y comenzó desde entonces la dictadura militar, que había de ser la máquina sencilla y terrible de la lucha y el triunfo.

Hacíase la tormentosa campaña de Oriente, el formidable avance desde las Bocas del Orinoco a Barcelona y Cumaná, para entrar luego en Caracas, dominando la costa de Barlovento y seguir por los valles de Aragua a dar la mano a los patriotas de la Nueva Granada, llegando por Mérida y Casanare, hacia la Cordillera y las Sabanas del Virreinato de Santa Fé.

El terremoto de 1812 asoló Caracas, y los españoles y realistas vieron en él la intervención de Dios. Las poblaciones indígenas levantaron el pendón real al amparo del Cielo, y los llanos y las playas de la Capitania General de Venezuela se cubrieron de guerreros criollos para la monarquía. Asomó también su caudillo, el Bolívar realista, Boyes. En desesperada lucha, ya de guerrilla, ya en campo razo, los llaneros de Boyes arrollaron a los republicanos, mal equipados y casi desnudos. Rivas, esperanza de caudillo, había caído destrozado en la Victoria. Girardot cubrió con su cadáver la colina de Bárbula forzada para el asalto; Ricaurte ascendió a los cielos de la gloria en la explosión del parque de San Mateo. Boyes iba adelante, para el encuentro, para el triunfo. Se cubrieron las ciudades de patibulos, y fue la guerra despiadada para vencer o morir. No se vió jamás en país alguno guerra como ésta, ineluctablemente y terrible; ello fue un sólo estremecimiento heroico, una locura marcial colectiva de semidioses o fieras. Boyes murió triunfador, y pareció muerta para siempre la República; pero Bolívar, cuya mayor fuerza estuvo siempre en la derrota, juntó los restos de su ejército aniquilado; heridos, convalescientes, viejos y mancebos, y reorganizó la campaña. Bolívar se refugió en tierra granadina, exigiendo que se le diese un puesto de soldado en Bogotá, ciudad de letrados, patricios y cabildantes.

Demanda refugio a Cartagena, que se lo niega, guerrea en las Bocas del Magdalena y sube a la Sabana de Bogotá, para luchar contra la anarquía americana, el mejor aliado del poder español. La gran expedición de Morillo llega a Tierra Firme, y vienen las escenas magnas de la guerra a muerte, el sitio de Cartagena, que recuerda el de las viejas epopeyas y la pacificación del Virreynato de Santa Fé. Morillo mueve constantemente la mano del verdugo, y ruedan mil cabezas de próceres, de patriotas, de mujeres heroicas.

Bolívar se engrandece en el peligro y decreta la victoria. En esta vez atrae a los llaneros del Apure, contando con que el Oriente, cuna de la libertad, se mantiene en pie. Los centauros de Páez hacen prodigios, y después de cien combates, de victorias o derrotas, se abre un flanco de luz en el horizonte.

Otra vez el paso de los Andes hacia Trujillo, por el páramo nevado, para recuperar a la Patria, por el Apure, por Valencia, por Barquisimeto.

Y luego a Casanare, y después de asombrosas marchas a Boyacá: una victoria como un rayo, como una visión de leyenda, una improvisación homérica.

Y adelante, al Sur, por las vías primitivas o imposibles, a través del Quindío, de la Patía, para detenerse en frente del Guáitara, en esa boca de dragón que había de devorar tantas vidas, uno de los últimos baluartes de la resistencia española, la mayor fortaleza del mundo. En esa guarida de fieras se realizó el desafío de locura y el triunfo—que es casi derrota—de Bomboná.

Y a Quito, por las cordilleras altísimas, rompiendo el cerco de hierro enemigo, empapando en sangre las arenas del volcán Tungurahua; y a Guayaquil por los abruptos pasos de la montaña. . . . Y la hermosa victoria de Pichincha consolida la libertad de Quito: Colombia ha cerrado sus fronteras del uno al otro mar.

Bolívar es llamado al Perú, de donde se retira su Protector San Martín. En el Virreynato de los Reyes, conserva la Monarquía sus mejores Generales y su grande ejército de reserva. Bolívar va a la libertad del Perú, y a poco encuentra la resistencia nacionalista que desorganiza su rápido plan de campaña. Hubo de crear casi todo y resistir contra los elementos desencadenados de la reacción monárquica y del celo regionalista.

Más él contaba con la fe en su destino y con la fidelidad de los guerreros de Colombia y de los patriotas del Perú. Preliminar del triunfo definitivo, fue la famosa carga de Junín, breve batalla de caballería que dirigió el Libertador en persona, enalteciéndola con el prestigio de su fama.

El torneo final lo presidió Sucre, el segundo de los caudillos de la Independencia, y en Ayacucho se escribió el último documento de la libertad de América.

La guerra de la Emancipación del Nuevo Continente no se parece a ninguna otra, tiene la originalidad que corresponde al territorio y a los hombres.

El heroísmo se multiplicó quizás como en los mejores tiempos de la antigüedad; y ello en país apenas abierto a la cultura, en que el patriotismo era un sentimiento nuevo y el arte no había cubierto, con cenizas de simpatía, el valor y sus sublimes aventuras.

El campo en que se lucha determina el grado del esfuerzo de los combatientes. Las campañas del Libertador, desde la angostura del Orinoco, en el Atlántico, hasta la Punta de Santa Elena, en el Pacífico, y desde las Bocas del Magdalena hasta el Potosí y las vertientes del Plata, se hicieron en el territorio más vasto que recuerdan los anales; y en el corto espacio de diez y seis años y en tierra bravía, sin senderos ni vehículos, bajo el inclemente aguacero y el ardor del sol tropical, pasando a nado los grandes ríos, atravesando las playas bajas y malsanas, sin servirse del mar, ocupado por el enemigo. En los pantanos de la costa, y en los riscos de la serranía, no era posible empujar ni siquiera el viejo carro de Ciro o Jerges, tampoco se contaba siempre con caballos de guerra. Desde el oficial hasta el último soldado todos habrían de reducirse a la condición de peones de batalla, dejando muchas veces los muertos en el fango del estero o en la nieve de la cordillera.

La complicada topografía de la antigua Colombia, del Perú, de Bolivia, mostrando están, hoy cuando hay ferrocarriles y carreteras y navegación a vapor, cuán difícil resulta la movilización de un ejército y la combinación de una campaña. Como fue titánica la lucha de la emancipación:

lucha rápida, y de inusitados incidentes, ora de guerrilla, ora en el campo, ya por la sorpresa, ya según los cálculos de la estrategia: todo en una sucesión imprevista, por procederes instintivos, desarrollando cuadros inverosímiles de osadía, de heroísmo sin rival, ya sea en la preparación sabia y prudente de Carabobo, o en el loco y peligroso ataque de Boyacá, o en el arranque de centauros de Junín.

Y en esta falange de héroes, sobre todos ellos, sin hurtar jamás el cuerpo al peligro, acorazado por coraza invisible, nimbado por la aureola del espíritu excelso, Bolívar recorría el estadio con la artística majestad de un General griego o del jefe de valerosos legionarios de Roma. Entonces se multiplicaba para las providencias del momento, para atender al punto difícil y dar el último golpe de efecto que cerrase la obra maestra de la victoria.

En la escuela de Bolívar se formaron los innumerables héroes de Venezuela, Rivas, Páez, Urdaneta; hijo predilecto de su valor fue Córdoba que padeció la locura del heroísmo; y las masas de soldados que hicieron prodigios que no se repetirán quizás en siglos, se entregaron a muerte, y se arrojaron al lago del olvido, bajo el impulso y la seducción del Héroe, que hizo en América la Patria y también el heroísmo.

#### EL LIBERTADOR.

Un hombre vale tanto o más que millones de hombres cuando él los mueve y empuja. La masa humana avanza al parecer en la línea recta del instinto; pero en realidad, porque detrás vigila y rige el conductor, y por la sugestión de la soberanía, mantiene la cohesión del rebaño.

Principalmente en las edades de epopeya, cuando la humanidad necesitó una fuerza a la que convergiesen todas las fuerzas, un centro de atracción y unidad, se produjeron los caudillos que representaban el pasado y el porvenir de razas y pueblos: tales fueron Alejandro, César, Carlomagno, Mahoma, Napoleón. . . . Estudiados los sucesos en que actuaron los protagonistas de la historia se pregunta: ¿cuál habría sido el curso de las cosas, a faltar los caudillos, que las determinaron? ¿Alejandro fue una resultante de la civilización helénica, César el de la romana, Napoleón el de la Francia revolucionaria? ¿Habríanse producido la expansión, la extensión, la superioridad de Grecia sin Alejandro, las de Roma sin César, las de la Francia cosmopolita sin el *Capitán del siglo*?

La emancipación americana tuvo su genio, alma de su movimiento y energía de su impulso, que puso en aquella la osadía, la gentileza, la gracia, las bellas excencias del valor y las elegancias de la acción. Bolívar representa el gran movimiento nacionalista de Hispano-América: de ella fue Libertador. Si otros le habían precedido, sus astros palidiecieron al levantarse el sol sobre la silla del Avila. En Méjico se luchó por la independencia tanto como en Buenos Aires; pero en estos vastos territorios, no se habría consolidado la libertad sin la aparición de Bolívar, sin la influencia superlativa, que dió el golpe primero y el golpe final de la maravillosa campaña que creó en el Nuevo Continente una familia de naciones. Contra él tentó España los postreros alardes de su bizarría:

Vencido el caudillo de Caracas, habrían vuelto quizás los Virreyes a Buenos Aires y Méjico o tal vez por iniciativa de la Santa Alianza, la monarquía española hubiese extendido vástagos de su realeza a la tierra americana para seguir un procedimiento paralelo al de Portugal en el Brasil. Con el apoyo de San Martín y de los estadistas partidarios de la monarquía, ésta habría tomado su desquite contra la libertad, y quién sabe cuantos años el trono hubiera pesado en las metrópolis coloniales.

La hegemonía de la República triunfó con Bolívar. La lógica de la historia explica su popularidad, y el sufragio de todos los pueblos en pro de la limpieza de su fama. Al alejarse en las brumas del tiempo los acontecimientos de la guerra de separación, van quedando borrosas las escenas del gran Virreinato de Méjico y de las campañas de Chile y del Río de la Plata, para dejar en primer término, la figura de Simón Bolívar en medio de la constelación luminosa de sus batallas y de sus capitanes.

Formó a Colombia, libertó al Perú, fue su hija Bolivia, afirmó la independencia del Continente, preparó la libertad de Cuba y Puerto Rico, ideó arrinconar la púrpura imperial, en el prodigioso Brasil, llevó su influencia al Paraguay, obtuvo promesa de reconocimiento de un patronato glorioso en las soberbias Repúblicas australes; y soñó para sus postrimerias, la empresa de conducir sus armas a España misma, más querida después de la derrota, cabeza y corazón de América; con ella fue nuestra lucha civil, únicamente; y bien podíamos los españoles americanos pagar con la libertad y democracia— a la España— conquistadora y colonizadora, su abnegación en pro del Nuevo Mundo.

De los caudillos conductores de la humanidad, únos, los más, han luchado por su propia gloria, para lustre de la especie y manifestación de cuanto es capaz la fuerza al servicio del genio; conquistaron otras provincias y naciones para formar imperios y colectividades, unidas por el lazo del temor y mantenidas por la inercia del miedo.

Cuán pocos entre los grandes hombres, viéronse exentos de codicia y de esa idolatría personal que mengua las más altas reputaciones!

Los conquistadores del Asia organizaron sus reinos para la majestad real. Ante Alejandro enmudeció la tierra, pero su espada de civilizador, de heraldo de la cultura griega, no daba a los vencidos más que el yugo. Roma organizó el mundo para una hegemonía colosal, pero no concedió a los pueblos sojuzgados bajo las águilas del Imperio, las prerrogativas de la ciudadanía. Esta se reservó como patrimonio de los elegidos de Roma: una oligarquía extensa, un despotismo de muchos y la intensidad de la esclavitud.

Sobre las ruinas de Roma se hicieron las primeras reconquistas: los primitivos libertadores proceden de la enorme Edad Media, y los cruzados libertadores son de los de más limpia y honrada fama. Las grandes epopeyas de la libertad las hizo y las escribió la Caballería cristiana: la formación de las naciones germánicas, los épicos orígenes de los francos, la reconquista española, la lucha de siglos contra la barbarie del Asia que se arrojó sobre vastos dominios de la antigua Roma.

El renacimiento constituyó las naciones modernas y el equilibrio, o más bien desequilibrio europeo, para las guerras de tres, de diez, de treinta años. A tiempo se descubren continente al Este y al Oeste; y comienza la labor de presa, la conquista, el pillaje en los mares y la tiranía inmensa, prolongada hasta los últimos confines de la tierra.

La palabra libertad suena a fines del siglo XVIII con la magia de un descubrimiento; y de ese movimiento libertador surge la República patriarca, la primogénita de las Repúblicas: los Estados Unidos de América.

El imperialismo aparece luego para contraste y desquite. Napoleón, el mayor de los conquistadores, sueña en un imperio más grande que el de Alejandro, y asombra al mundo con sus hazañas.

Para corregir los errores de la historia, para volverle al cauce de la libertad, se dá el grito de la emancipación americana. Y Bolívar toma las ínfulas de Libertador. Desde entonces, él solo es llamado así, por sufragio universal. Superó al mismo Washington, pues en la América inglesa, la democracia estuvo formada, y no necesitó, para consolidarse, sino una declaración. En la América española, hubo que formar la opinión, hacer el pueblo tanto como el Gobierno, y libertar muchas comarcas a la fuerza.

Bolívar sacrificó sus bienes, su vida afectiva, su porvenir doméstico, su vida entera en holocausto a su noble empresa. Y por ello, nadie le iguala en los antiguos y los modernos tiempos; y es el único Libertador de pueblos. El mismo osó compararse con Jesucristo, el libertador de la humanidad. "Dudo--son palabras de Bolívar--que haya derecho para exigirme que espire en el suplicio de la cruz.... Si fuera más que la cruz, la sufriría con paciencia, como la última de mis agonías"

El mismo, con la clara visión de su talento, comprendió que había arribado a la más alta cumbre. "Mi gloria, dijo, ha llegado al tanto, que no puedo ya ser desgraciado. -- Yo no soy Napoleón, ni quiero serlo, tampoco quiero imitar a César, tales ejemplares no parecen indignos de mi gloria: el título de Libertador es superior a todos los que han recibido el orgullo humano".

Si Washington resulta inferior a Bolívar, por la majestad del sacrificio y la inmensidad del valor, los otros caudillos de la América Latina, algunos más afortunados que el gran Proscrito de Colombia, aparecen en grado secundario; pues no les favoreció la llama del numen ni los engrandeció la postrer consagración del martirio. Los libertadores de Méjico y Centro América, colocados en un plano de igualdad, ni siquiera se disputan la preeminencia. San Martín, consumado militar, calculador y severo, no manejaba el rayo: su obra, en que tuvo la colaboración de insignes soldados y patricios excede a sus empeños; y su retirada careció de la sublimidad dramática del fracaso de Bolívar, que fue inmensamente superior a su pueblo y a su tiempo.

O'Higgins, Itúrbide, Artigas carecían de la visión trascendental y de las magníficas concepciones que constituyen la insuperable grandeza del genio boliviano.

Ha triunfado éste en el palenque de la fama.

## CONSTRUCTOR.

### SU OBRA POLÍTICA.

Destruir es más fácil que crear y conservar. La tempestad arrasa la selva que incendia el rayo, quedando únicamente la ceniza para el humus de la nueva siembra.

El sistema colonial vino abajo; pero de él quedó el fermento hereditario, la tarea racial, la masa bruta del aborigen, en un territorio vastísimo, donde el aislamiento conservaba la desconfianza y hurañez de la tribu, sin otro ensamble ni ligadura que la institución real y el credo religioso. Desaparecida aquella por la revolución y debilitado éste por las intemperancias de la libertad que casi siempre se excede; había que crear en el caos. Y esta fue la mayor empresa del Libertador.

Procediendo desde arriba, en observación de conjunto, con la simplicidad y sencillez, de las ideas generales, el Libertador, al entrar en función para construir el edificio social, concertó los elementos de su creación, con la facilidad de un poeta y su intuición de largo alcance.

En la tierra estremecida bajo sus pies y en la atmósfera de la batalla y de los escombros, vió claramente que importaba recomponer lo convulso y separado y hacer luz en la espesura de la sombra. No podía llegar desde luego a las concesiones finales de la democracia. Esta, para bienestar de los asociados, ha de ser autoritaria y conservadora, tanto como liberal la monarquía, a fin de encauzar la corriente de descomposición, que desde el subsuelo amenaza hundir la ciudad. Sobre todo en las naciones en formación, el hombre que posee la fuerza destructora, se rebela contra el poder llamado a tomar el instinto de la fiera humana y la agresividad del salvaje, no convertido del todo en ciudadano.

Desde que comenzó la campaña, pensó en la organización del Estado. Cuando no tenía más territorio que el de los dos árboles en que colgaba su hamaca en las montañas del Orinoco, cuando en Jamaica no poseía sino un mísero albergue de desterrado; meditaba ya en la formación de la República y de una gran República, en la confederación de los pueblos americanos y en una sociedad de naciones del Nuevo Continente que acordase los preliminares de la paz universal y la eliminación de la guerra.

Sus estudios de ciencia política no fueron muchos ni profundo. Hubo de improvisarse en todo y para todo. En países donde había que voltear lo existente e invertirlo con la palanca de la revolución, era menester crear las costumbres y las instituciones simultáneamente, en un prodigio de descubrimiento, de combinación, de método. La tierra inmensa, la economía muerta, viviendo de prestado, el patriotismo sin educación; en ese medio de adversidad, debía constituirse la nación, formularse la Carta Fundamental y escribirse los códigos, todo ello entre el tumulto libertario, la indisciplina de la soldadesca y los discursos y papeles de la gente de letras y de los malditos curiales, roedores de la gloria militar.

Bolívar, en Angostura primeramente, y al fin para Bolivia, escribió el Código que en su concepto correspondiese a los peligros del momento,

haciendo al Ejecutivo vitalicio, dentro de la rigidez unitaria; pero estableciendo como base de la República el Poder Electoral, precisamente ese rey de escarnio de nuestras costumbres políticas. El Poder Electoral, en pleno goce de sus atribuciones, daría la vida a la cámara popular, que no tendría más contrapeso que la del Senado hereditario, formado por los beneméritos próceres que fundaron la República.

Cierto que en los comienzos, impresionados por las reminiscencias greco-latinas, que flotaban además en la época, merced a la revolución francesa que trajo las seductoras imágenes de la antigüedad, se apartó de la observación del hecho social, ilusionando al soldado y al ciudadano con doradas frases de retórica política procedentes de Plutarco. También fue contagiado de la ideología de Rousseau y procedió sobre la base de las clasificaciones ficticias de Montesquieu, siguiendo por la corriente de esa hermosa frivolidad, que según confesión de Taine, hace inferiores a los franceses en la ciencia de gobernar. En la placa sensibilísima de su alma, quedaba la impresión de las lecturas, la sublimidad trágica de la revolución y la épica del Imperio. Su temperamento latino no podía sustraerse al encanto y a las artes de imaginación de esa política que ha desconcertado tantos cerebros.

Pero, muy pronto la dura lección de los sucesos le inclinó hacia el otro campo. La emancipación no debía ser una fuerza loca, y caballo sin freno. Para dar fruto de felicidad, había de acomodarse a las normas de rectitud y a un movimiento que al fin se equilibrase. Así que, su política se enderezó definitivamente por los caminos del buen sentido, a imitación de los publicistas y hombres de Gobierno de Inglaterra, que fundaron sobre la observación la máquina política, en una labor de sanidad, de buena intención, de instinto conservador.

Las formas de gobierno varían según la condición de los pueblos, a los que deben aplicarse: no pueden ser una fórmula definitiva. Bien puede decirse que a cada época corresponde una evolución de la ley. Primero a de educarse al pueblo y se han de formar las costumbres públicas, para llegar después a la perfección, por lo menos relativa, de las instituciones.

En la América Hispana, más difícil fue triunfar en la contienda doméstica de ambiciones e intereses, que vencer al poder español. El pueblo era casi un ciego de nacimiento, al que por primera vez se lo sorprendía con la visión. No eran elementos para fundar algo firme y sólido, la materia prima del indígena, la materia mal pulida del colono, el hábito de tenacidad española subsistente no sólo en la clase superior, sino en la masa, la rivalidad de las regiones, la autonomía semisalvaje de las colectividades inferiores, la intemperancia del militarismo que se creyó autorizado para suprimir hasta el derecho natural.

En este conflicto, la opinión se dividió en dos bandos. Los publicistas serios, la flor de la clase dirigente, los maestros de filosofía de la historia, los jefes de mayor graduación en el ejército, se decidieron por la monarquía, que fuese por lo menos la nodriza de América recién nacida a la vida, de la vida de la libertad. Después, adulta y lozana, la República podría sustituir a la Monarquía, por transformación natural, sin violencia y en la forma tranquila y ordenada del progreso duradero.

El otro partido, soñador e intemperante, quiso la democracia con todos sus detalles; y a esa fracción se incorporaron posteriormente los jefes



de segundo orden que aspiraban a fraccionar Colombia, para gobernar sobre un girón de su ensangrentado territorio. Entonces, se oyó por primera vez en la América española, el calificativo liberal, que debía determinar un movimiento de disgregación profunda en la familia nacional.

Bolívar aceptó la solución única, la línea recta que le aconsejaban sus antecesores de Libertador, y su ciencia de estadista. En todo, él era superior a sus contemporáneos; y al declarar su voluntad, comprendía que hablaba a las generaciones futuras, en solemne espectáculo, digno de la grande historia.

Desde luego rechazó la monarquía como recurso imposible, y como institución impropia en países coloniales que al surgir a la vida independiente, no podían cambiar un rey por otro, y menos la lejana majestad real de la metrópoli, por un príncipe que lo tendrían cerca y sin el prestigio secular de la monarquía española.

Además, Bolívar era republicano de corazón, y aunque entendió que la República no se adecuaba enteramente al estado social, prefirió que los pueblos libertados padeciesen los quebrantos correspondientes a su falta preparación, a que América dejase de ser desde entonces el hogar de elección de la democracia humanitaria. Mas, para que la República lo fuese en verdad, quiso instituciones que la fortificasen, desechando las fantasías de los sofismas que, en los congresos y en la prensa, chillaban ya pidiendo libertades inadecuadas y franquicia para el abuso. Afirmó primeramente, como gran filósofo del derecho, que las libertades civiles son las únicas necesarias, a las que ha de dedicar el legislador sus primordiales empeños. Las libertades políticas que no son a veces sino falsas promesas del Poder Constituyente, mentiras de libertad e imposturas de la ley, deben considerarse como secundarias; y para su vida e importancia, ante todo se ha de consolidar la libertad civil, la libertad anterior a la constitución, que es la afirmación de nuestra personalidad, nuestra conciencia, nuestra vida y nuestro dominio sobre las cosas, fruto del trabajo.

Con este programa de sinceridad, y para hacerlo efectivo, Bolívar pretendió que el Jefe del Estado fuese vitalicio, debiendo tener los gobernadores la más amplia intervención en el Gobierno, mediante el ejercicio restringido de la función primaria electoral, que había de seleccionarse y depurarse, a fin de que gobernasen los superiores, que lo fuesen realmente, por la virtud, la ciencia y los servicios a la Patria.

Esto que él llamó su *delirio legislativo*, se recomienda al estudio de los pensadores de todos los tiempos. Pudieron modificarse, en ese código, ciertos detalles: el Senado hereditario, el Poder vitalicio—instituciones que respondían a los orígenes tumultuosos de nuestra democracia;—pero lo sustancial: la organización del poder electoral, la garantía de las libertades civiles, la constitución de la cámara popular.... enaltecen la carta del Libertador, que no comprendieron sus contemporáneos, y que recogerá la historia de las ideas políticas como documento de ciencia y originalidad.

No se lo aceptó en los campos contrarios. En las bellas y profundas *Meditaciones* de García del Río, compendíase la última palabra de los honrados monarquistas que más de cerca rodeaban al caudillo. Ellos limitaban la visión a su época. La creación no se hace únicamente para el momento presente, sino para el proceso secular; América nunca habría de ser para el trono.

A su vez, los liberales miraban el código boliviano como una traición a la libertad, envenenando la atmósfera con el rencor de sus invectivas contra el brillante Dictador, cuyo poder absoluto apenas tenía de tal sino el nombre, y que lo ejercieron, la mayor parte del tiempo, algunos de sus acusadores.

En el mismo programa de Angostura, en ese manifiesto admirable, documento fundamental de la constitucionalidad americana, el Padre de la Patria señaló ya el derrotero para la consolidación de la libertad en los países redimidos, o que había de redimir su espada.

Cuanto al régimen interior, al principio, el Libertador adoptó el sistema unitario, observando el fracaso de la federación que produjo la ruina de las primeras repúblicas de Venezuela y Nueva Granada. Pero en los últimos años, vió claramente que una vasta organización federal de las antiguas circunscripciones territoriales de la Colonia se adaptaría mejor a la conservación y armonía de los diversos pueblos que la libertad había juntado en una gran familia, que no podía mantenerse tal sino por las urgencias de la campaña, mas no para la administración ordinaria de la paz. Fue su última palabra a la gran Convención: reconocer la separación de Venezuela y de Nueva Granada. La del Ecuador vendría en seguida, como lo pidieron sus representantes a la Asamblea de 1830. Así, con el vínculo federal, perduraría Colombia, con los beneficios de la centralización en el interior y los de la unidad para la vida internacional.

Los proyectos constitucionales del eminente soldado le honran tanto como sus hazañas. Ha pasado cosa de cien años, y nadie podrá afirmar discretamente que la creación boliviana fuese un retroceso en el camino de la libertad y de la civilización; menos podrá vituperarse a su autor, porque pretendió la fortaleza del poder, a fin de evitar la dictadura, que procede de la revolución. La suspensión de garantías, el régimen de las facultades extraordinarias, el poder electoral superitado por el poder militar: todo ello no podía explicarse siquiera dentro de la constitución boliviana, que no se proponía sino hacer respetable y fuerte a la autoridad, para el establecimiento de la paz y el armonioso ejercicio de las funciones públicas, solidarizando los intereses del pueblo con los de la Magistratura.

Hoy mismo, podemos repetir estas palabras de uno de los guerreros de la independencia, el General Posada Gutiérrez, que escribió en 1865: "Quién sabe si la América toda no tendría que estudiar las doctrinas de Bolívar . . . para salvarse por ellas, si no quiere desaparecer de la sociedad de las naciones."

## COLOMBIA Y LA LIGA ANFICTIÓNICA.

Desde que comenzó a guerrear concibió, la mancomunidad de Venezuela y del Nuevo Reino de Granada. La elevación de su espíritu no podía limitarse a una patria exigua, sino a la que correspondiese a su ideal magnífico de imperio, a una entidad republicana-latina que pudiese al frente, sin mengua de pequeñez, a la confederación republicano-inglesa del Norte. El ensueño precede a la acción, la fantasía creadora mueve la espada.

Formar nación pequeña, encerrarse en Patria chica, hacer ideal del campanario de su aldea, no se conformaba con la alta aspiración del Héroe. Desde sus primeros pasos en el Oriente de Venezuela, apareció ya la grandiosa concepción de Colombia. Hasta su nombre resulta una hermosa reivindicación de gloria, la que se restituye al desventurado descubridor de América: su nombre quedará como un paladío, que ampare a la república fundada desde la Costa Firme hasta los arenales del Perú. Entra en Caracas triunfador, y contempla abiertas las fronteras del Sur. Derrotado, ora prófugo de Cartagena, ora batido por los llaneros de Boyes o por los tercios de Morillo, busca por Casanare, por Maracaibo, por el Táchira, el paso de Santa Fé, la metrópoli prevista de la gran patria.

En el extremo de ella, en la Angostura del Orinoco (la ciudad por excelencia de Bolívar, la de su nombre) había lanzado el manifiesto famoso de liga de los pueblos desde Darién al Guayas, desde el Orinoco a las fuentes del Amazonas, para la nacionalidad gigante que equilibraría el Continente Americano, cerrando dentro de sus fronteras los dos más grandes ríos de la tierra, y los dos más grandes océanos divididos por el Istmo, que se rompería no muy tarde, para completar el planeta y activar el ritmo universal del corazón humano.

El ideal excede a la realidad, la visión de la altura abarca el panorama infinito. Aquella empresa sobresaliente tropezaría en la naturaleza estrecha de los pobladores y en la naturaleza abrupta del territorio. Mas la superioridad del Genio consiste precisamente en excederse, en marchar adelante de la caravana, que retrazada avanza, a la tierra de la promesa. El super-homo se sobrepone al medio social e infunde en el limo inerte el alma venidera. Es la creación que bien podrá carecer de solidez, pero que se anticipa a la realidad: epopeya de la historia, que nunca será borrada de ella, para decoro de la estirpe racional, para hermoso espectáculo de su viaje a través de la etapa de las edades.

Esa Colombia grandiosa e insuperable no debía ser únicamente una nación, soñó que fuese entre anfictionico, corazón de una mancomunidad de pueblo para la justicia y la paz, desde el Oregón al Cabo en el mar Pacífico, y desde las bocas del Misisipí en el Atlántico hasta la tierra del Fuego.

Las tentativas de sanear y normalizar la vida intelectual han sido tan débiles, que casi no pueden apreciarse en la liquidación general de la civilización.

La liga de las ciudades griegas aparece como un punto de luz en la noche de rencor de las pequeñas entidades rivales de Grecia, idealizada por la literatura, más bien que dichosa en el consorcio civil.

Roma poseyó la férrea contextura de la fuerza, para sujeción de los pueblos conquistados, a los que no incorporó al Imperio y a quienes se consultó apenas para los negocios interiores. Más tarde, el Imperio tantas veces secular, se deshizo, por disgregación de sus fracciones y a impulso de formación irresistible de las nacionalidades modernas; las provincias romanas habían crecido para la emancipación y para matar a Roma.

Confederaciones pacíficas se creyeron hacederas en los pueblos cristianos, sobre todo desde la espléndida liga de las Cruzadas. Pero si el Cristianismo se hacía señor de las almas y de las relaciones interiores de

los Estados, jamás pasó de ensayo en los negocios exteriores de imperios y reinos, en choque perpetuo de aspiraciones y venganzas.

Cuando la omnipotente invasión del Islam sobre Africa y Europa, pudo esperarse la alianza de las naciones cristianas para defensa de la civilización occidental. Ni tan poderoso estímulo fue bastante a procurar la liga de la resistencia, fundada en el ideal religioso y en el interés recíproco que era de vida o muerte. Pero, dispersas las soberanías europeas por empeños más urgentes y por provecho secundario, dejaron a la barbarie turca sentar su trono en la cabeza del mundo, haciendo otro Imperio Romano, bien que extraño a la civilización greco-latina.

Resultó efímero el concierto europeo que presidía el Papa, árbitro de la Cristiandad. En raras ocasiones su fallo se impuso sobre el encono de los reyes y la codicia de los mercaderes políticos, que detrás de los bastidores del teatro de la Historia, manejan los destinos del mundo.

El Sacro Romano Imperial, la Confederación Germánica representaban asociaciones internacionales unidas artificialmente por motivos de frágil duración, de poderío o de lucro, nunca por fines elevados ni por razones de honor o de virtud: estos altos móviles entraban en condición insignificante.

Después, a partir del descubrimiento del Nuevo Mundo y de la Reforma, los Estados europeos se han mantenido con el arma al brazo, pasando el cetro de unos a otros, para un equilibrio imposible, mantenido sobre un lago de sangre y sin que se adivinase un punto de luz en el horizonte para el advenimiento del derecho.

Estaba reservado a América, a la América Latina, a la Española, a la improvisada Colombia y a su Libertador dar el primer grito de justicia y de paz, precisamente después del diluvio de las guerras napoleónicas.

La invitación para el Congreso de Panamá que debía formar la alianza de los pueblos americanos, importa más para los fines humanitarios, que la liberación de América. Resulta una hermosa sorpresa que el caudillo de un rincón de olvido de la tierra, al fundar una nación, proyectase también una sociedad de pueblos que dictase en un código internacional, que arreglase sus divergencias internas y crease un tribunal para dirimir las, dando a los viejos imperios y a la República de los Estados Unidos el derrotero que más tarde había de señalarse tímidamente por jefes de imperios y democracias, para una posible concordia internacional, que trajese el régimen del derecho y de la misericordia.

Hermoso ensueño! El mismo que lo concibió, dijo ser el del loco griego, que desde un promontorio de la ribera marina, intentase dirigir el rumbo de las naves, que van a desafiar la tempestad. Ha sido necesario que la tierra se cubra de un océano de sangre y se amontonen osamentas y polvo de ruinas, para que se comprenda la magnitud de este ideal de vida, de paz, de caridad: última palabra de la equidad internacional, Evangelio para las naciones, que hasta ahora no la tienen.

## EL HOMBRE DE LETRAS.

Juntaba en sí, como en cristalización luminosa todos los atributos de que puede enorgullecerse un ser racional. Llevaba en surco profundo las huellas de la Divina Hechura: ejemplar completo, complicado, de varias fases, admirable en la concepción y en la resolución, más admirable en los altibajos de la inconciencia.

Este jefe de ejército, dictador, magistrado, legislador, el primero de todos aquí, se distingue también a la cabeza de la literatura americana. Orador militar, estilista original, que rompe el molde hispánico para formar nuevas, prosador de alta potencia lírica; se recomienda a la admiración, ya por la nota pintoresca brotada del sentimiento de la grandiosa naturaleza americana, ya por el detalle musical que hace de Bolívar uno de los predecesores de la prosa artística, casi muerta después del siglo de oro.

La evolución literaria de la metrópoli fue rápidamente, del conceptismo preciosista a la frialdad académica de trasplante del siglo XVIII, en el que Francia dominadora impuso a los pueblos vecinos la pérdida de su originalidad.

Entre los pocos escritores americanos, en verdad sorprende que el primero de sus guerreros inaugurase la literatura genial y sincera del trópico; la que debía extender no muy tarde su influencia a la metrópoli, dando a la prosa el color y el ritmo de la creación. Bolívar asoma al frente de este movimiento ingenuo y triunfal que ha hecho de la prosa castellana instrumento de poesía, quizás el de la gran poesía del porvenir, cuando la técnica del arte abandone los talvez infantiles artificios de la rima; y los recortes de cadencia y medida del verso hallen en la bella libertad de la prosa, la variedad rítmica, la intensidad de expresión, el matiz delicado del sentimiento y la gama completa del sonido, para delicia del espíritu y maravilla del oído, para el relieve de la imagen y para la adaptación plena de la idea.

Los escritos del Libertador, aparte su fondo de originalidad que predomina, denuncian algo de imitación inglesa, pero sobre todo sus lecturas francesas: Montesquieu, Voltaire y sobre todo Rousseau. Para el alma de Bolívar éste era su acorde semejante. La sensibilidad exquisita sacada, como jugo de flores, de la naturaleza; la muelle dulzura del estilo, el hilo sutil de las paradojas: muchas de esas singularidades de Rousseau se encuentran principalmente en las cartas del Héroe, documentos deliciosos de su sinceridad, de su arte al desnudo, límpido y transparente. De ellas se conserva una mínima parte, que apenas nos consuela de la pérdida de las demás, que aumentarían el áureo caudal de esa literatura de intimidad, en la que el alma del caudillo se vacía y se dispersa, para penetrar en el corazón de sus amigos.

Sus arengas poseen mucho de la magnífica concisión de Bonaparte, sin que desaparezca el detalle doméstico, ni mengue el relieve genial: alardes de oratoria escritos en el vivac, improvisados antes del primer disparo, pronunciados desde la tribuna del corcel en la primera humare-

da del combate. Sus saluciones a los pueblos libertados después de Carabobo, de Boyacá, de Pichincha, de Ayacucho, toques de diana henchidos de transporte semidivino, enloquecían a las poblaciones en los años épicos y heroicos, cuando la atmósfera ardía con el fuego de las descargas y el aliento encendido del patriotismo.

Sus documentos de alta política, desde el manifiesto de Angostura y la carta programa de Jamaica, hasta sus mensajes a las Asambleas de Colombia y del Perú sobre estar escritos en forma precisa y elocuente, contienen sabias demostraciones de filosofía social, interrumpidas a cada paso por sus declaraciones de ingenuidad y por los transportes de un patriotismo llevado hasta el delirio.

Rara vez se había escrito literatura política, casi siempre árida y antipática, como la escribió Bolívar, con ondulación majestuosa de la frase, los pensamientos capitales saltando, con fulgor y blancura de espuma, sobre la corriente del discurso, y mostrando el autor, entera y a plena luz, el alma a su nación, a su amigos, al mundo, a la posteridad.

Pasarán siglos, y quitada la hojarasca de la época y la parte ocasional y efímera, la posteridad recogerá, en el registro de las obras maestras, aquellas piezas imperecederas, que para serlo, tienen la energía de la sinceridad y el vigor del cerebro traducidos una y otro en las curvas, saltos y estremecimientos de un arte que participa del ímpetu, el arranque y la dinámica de la guerra. César, Napoleón, Bolívar, artistas de la palabra y de la fuerza. . . . Su palabra subsiste, quizás a muerto su obra.

Algo impregnada del color, del sabor, de la sustancia de América, en la que hubo sentido la inmensidad de los dos océanos tendidos a uno y otro lado de los Andes buscando una garganta para confundirse; imaginación que llevaba impreso el cuadro de las grandes perspectivas de los llanos, del desierto, de las altísimas cumbres de eternos hielos; corazón que se estremeció con el rugido de las cataratas y con las convulsiones del terremoto: — Fue también poeta y príncipe de poesía, heraldo de la poesía americana que no se hace aún en América.

Le arrastró la sugestión de la sublimidad. Puso el pie al borde del Tequendama, para gozar del vértigo febril y envolverse en la nube de inspiración del salto maravilloso. En el Chimborazo puso la planta donde nadie la había puesto, y en la cumbre del coloso, experimentó la embriaguez del numen que estalló en las incoherencias estupendas del *Delirio*; visión de profeta, arranque de alucinado, vuelo sin rumbo en las alturas de la inspiración.

En sus cartas aparece poeta de confianza, cuando recuerda su primera edad, la nativa Caracas, el vergel de Antimano, el paraíso de Aragua. Cuán bellas sus expansiones de amistad. En todo aparecía el artista sin esfuerzo, con las delicadezas del sentimiento y las lumbres de la fantasía.

Y fue crítico. Las observaciones más certeras al poema que hizo de él un Aquiles las escribió el mismo Aquiles. Olmedo, su cantor no superado hasta hoy, no tiene más compañero, en el panteón de los Héroes y de los Genios que a su inspirador, casi un semidiós, que fue también su maestro.

Y poeta de la acción fue en su corta y tumultuosa existencia. Su conversación se esparcía en efluvios de seductora influencia, lanzando las

chispas del ingenio y el delicado perfume de la poesía que brotaba de él con la espontaneidad de la respiración.

Su actitud y sus quejas después de la terrible noche de Setiembre corresponden a la escena heroica y demandan un Shakespeare americano que duplique, en el teatro, la majestad de aquella noche del parricidio.

Para morir, buscó lo que siempre había amado: la compañía y piedad de la naturaleza, la costa entre la madre tierra y el océano infinito, la salmodia del viento en la soledad y la canción del mar.

#### DON QUIJOTE Y DON JUAN.

Fue el tipo de combinación genuinamente español: el caballero libertador, vende su hacienda, manumisor de esclavos, vengador de afrentas y amparador de desheredados. Amante alucinado de la libertad, dama de sus pensamientos, sale a guerrear, jurando en el rito de la caballería castellana, por los campos de América, más ingratos que los campos de Montiel.

El mismo se reconoció Quijote, por la quimera de su empresa, por la soledad en que muchas veces ejercía su ministerio de guerra y misericordia y por la magnitud de su ideal que tocaba en los lindes de la locura.

Caballero de la hidalguía del espíritu como Alonso Quijano el Bueno, fundó la santa hermandad de la justicia y predicó la paz de la familia americana, con trascendencia universal, para redimir a la humanidad postrada en la bastardía del instinto y roída por los odios del interés.

Aquella empresa que la exornó con bellos discursos, la anunció al mundo, cuando éste no podía ver en ella sino el sueño de un sueño. Mas ese anhelo de pura idealidad quedó desde entonces como estrella para las travesías y peregrinaciones de la humanidad que brega porque se resuelva el enigma de la concordia. Los pueblos cansados de devorarse se reconciliarán, al fin sobre las llanuras sembradas de huesos y empapadas en sangre, para fundar la fraternidad de la paz, bajo el sol de Dios. Triunfará el Caballero de América.

Este mismo hijodalgo, sabio y prudente, que enseñó las máximas de bien gobernar, que dictó cánones de arte y cortesanía y enseñó el catecismo de la razón y del buen sentido, no fue en verdad como el limpio y virtuoso caballero de la Mancha. Contradictorio y arrogante, como hijo legítimo de su raza, vástago de virtud solariega, fue también tocado por una pluma de la ala del ángel de los siete pecados, precisamente la única que ha merecido la piedad del arte. Fue también Don Juan español, modelo de gentileza, burlador y maestro en disciplinas de seducción. Conforme eran sus campañas de guerra, se hacían las jornadas del amor, desde la nativa Caracas hasta Santa Fé, y desde Santa Fé a Lima y al Potosí. Al cabo como Don Juan el español, deshojadas todas las rosas de la vida, hincó en el pecho las espinas de penitencia, purgando con amargura y quieta renunciación, las concesiones que su superioridad hizo a las flaquezas de la culpa.

Ser antinómico, múltiple, oceánico, por la finitación de los anhelos y la expansión de su actividad, embriagóse de gloria devorando hasta las

haces de la copa, desató las cataratas de sangre de la guerra, maceró su carne en la liviandad, padeció martirio por la Patria, enfermó de muerte en celo de justicia, padeció hambres y sedes de cuerpo y de espíritu, entregó sus bienes a los menesterosos, quedó a mendigar el pan de sus amigos, renunció hasta la tierra de su tumba. Esclavo de sus esclavos, el rico heredero de San Mateo y Aroa, que vió pasar a sus pies la corriente del oro y despreció las ofrendas de millones que arrojaban para él los pueblos libertados, no tuvo al morir sino un lienzo para cubrir su cadáver y el llanto sincero del fiel servidor, que le siguió en las largas andanzas de su corta y trabajosa vida. Ejemplar de singular hermosura, más que humano, nacido para un fin providencial, lanzado a él sin desvío ni retroceso; carácter para la jornada inflexible en la trayectoria de un proyectil, obediente a la gerarquía de los deberes y al plan y programa único de su existencia, la cristalizó, por la química de la intensidad genial, en breves años, trocando la juventud en vejez y la llama del alma en la ceniza del martirio por la Patria.

Más que los modelos de Plutarco, resplandeció por el desarrollo armónico de las facultades y la dirección sistemática de su actividad hacia la perfección que hubo de completarse con la depuración del dolor, en la escuela de la agonía y en el majestuoso trance de la muerte. La suya tuvo la solemnidad de la grandeza y magnitud de la puesta de un sol, el único del cielo americano.

Su muerte tratada por Sófocles podía arrancar al arte los adioses de Edipo en Colono: La playa de Santa Marta y la casa de campo de San Pedro bien podían hospedar al numen helénico que esparciese, sobre la tumba del Libertador de América, el agua lustral de los versos imperecederos.

#### LA GLORIFICACIÓN.

Cuando el Libertador se entregaba al reposo de la muerte, por todas partes crugía la máquina política y se hundía Colombia en las convulsiones de la catástrofe.

Muchos fieles compañeros de armas pidieron al caudillo moribundo que salvase a la Patria: era tanto el prestigio de su gloria, que creyeron que podía guerrear hasta su cadáver.

Mas aquel enfermo del alma había perdido la fe en su misión, comenzaba a ver el cumplimiento de sus predicciones.

Muerto el Caudillo, se apagó el sol en el horizonte y comenzó la era de tinieblas.

Cuando las profesías del vidente iban realizándose, en medio del terror de los pueblos, resucitó su gloria con más esplendor. Como él lo había anunciado, "hasta las ruinas de su obra hicieron su glorificación". Su espíritu excelso flotaba sobre los escombros, con la venganza del genio, superior a su tiempo y a su campo de acción.

Desde entonces la victoria de su nombradía paseó por toda la tierra, sus haces imperiales. Para ello fue parte principalmente la magnitud de su infortunio, la casi santidad de su heroísmo y la nítida pureza de su intención.



Sus enemigos se hundieron en el círculo de sombra de su infierno, la envidia, ese insecto que le había mordido toda la vida, se agregó al séquito de sus glorificadores, y la vulgaridad de las escenas que siguieron a su muerte duplicó el brillo de su nombradía.

El universo, por voto expontáneo, sin presión de poderosos ni conductores de la opinión, sin maniobras de propaganda, ni alegatos históricos, ha declarado ya que Bolívar es el genio de América: algo más, el genio del porvenir y de la democracia. Hasta su nombre, breve, adecuado a todas las lenguas, palabra de fino acero y delicado filo, importa para su celebridad. Bolívar! ¿Quién no le conoce? ¿Quién no ha invocado al semidiós de la libertad?

Su estatua se levanta en las ciudades de América desde Caracas hasta el Alto Perú; tiene puesto en New York la ciudad nación; sonríe a las gracias de París, capital de la cultura, conquista hospedaje de honor en la alegre Madrid, la madre patricia del viejo imperio español, reconciliada con la democracia americana; dará sombra de grandeza al canal de Panamá, cuna del Consejo Anfictiónico que debió dictar el decálogo de la paz; buscará un rincón de gratitud en Tacuhaya de Mejico, a donde envió mensajeros para acordar la confederación de América; presto tendrá culto en la orgullosa Londres cabeza del Reino Unido, de donde le vinieron los caudales y los mejores amigos; y acabará por levantar su cabeza de prócer y su espada de prócer y su espada de cien campañas en las plazas de las populosas metrópolis del Sur, donde su celo de fama entenebrece aún el criterio de la historia. Su estatua como el ídolo imperial de otros tiempos, ora sobre el caballo de batalla, ora sobre el sillón del magistrado, en la alegría del jardín, o encima de la chimenea doméstica, presidirá los ritos de la gloria.

Para los americanos, es nuestro héroe, protector de los destinos de la Patria, genio de nuestra tierra, el grande, el único.

Pasarán mil caravanas adelante, para conquistas, para renovaciones, para renacimientos, para hegemonías, en marchas y peregrinaciones, y Bolívar será el mismo en su celebridad, su ideal no habrá envejecido, y sus vaticinios seguirán manteniendo el estupor de la humanidad.

Pasada una centuria, planteados están y sin resolver los problemas de la independencia. Y hoy mismo, podemos repetir la tremenda declaración del patricio libertador de Cuba, de Martí: "Lo que Bolívar no hizo, nadie lo hace todavía". Queda también en pie esta profunda observación de don Andrés Bello: "La obra de los guerreros está consumada; la de los legisladores no lo estará, mientras no se efectúe una penetración más íntima de la idea imitada, de la idea advenediza, en los duros y tenaces materiales ibéricos".

Podemos decir de nosotros lo que Tolstoy de Rusia: Estamos en los preliminares de la libertad. Esta avanza y se consolida después de formar un puente de cadáveres, como el de las langostas, que para pasar un río, forman una senda de muertos, primeramente; para que sobre ellos pasen los que al fin han de llegar a la otra ribera. . . .

La libertad civil, la única necesaria, la fundamental que vale tanto como nosotros mismos, según declaración del Padre de la Patria, en muchos países de la América en fermentación, se ha sustituido con unas pocas mentiras constitucionales.

El poder originario y básico—el poder electoral—es un rey de carnaval, y la función electiva sagrada e intangible para Bolívar, que no la mancilló jamás; no existe sino en pueblos y tiempos de excepción. La urna, generador de la soberanía, es una inmundia ratonera que incuba sabandijas, por artes de presidio en un cerco de bayonetas....

La terrible dictadura de Bolívar se vió precisado aceptar en la tormenta, resulta corriente y valedera en la forma constitucional de las facultades discrecionales, que importan la cesación de las garantías. Las dictaduras que han sucedido a las mansas y populares de Bolívar, escritas están en los anales de sangre y son las horas negras de nuestras historias, tan largas y tan tristes como los diarios de una clínica.

El gran Caudillo contempla desde el pedestal, en melancólica meditación, a Colombia y a la América de su amor.

Mutilada, dispersa, perdiendo territorio al Oriente y al Norte, sujeta a la tutela de un gran poder extranjero, ni han desaparecido las dictaduras, ni se ha afirmado la garantía de las libertades. Dijo el genio: "Yo me vengaré siguiendo la táctica de los Partos: huiré de mis enemigos, para que perescan al perseguirme. Entonces conocerán si yo era útil a mi país; y si preferí la libertad a todo".

El grande Hombre se ha vengado; sus enemigos no existen, y la libertad de América es todavía un problema sin solución.

Nos acusa, a tiempo que reivindica plenamente su fama. Pero nos grita aún, desde el bronce de sus estatuas: Unión, unión! para ser y para crecer, para la conservación y para el progreso.

El centenario de la última batalla de la Independencia ha de ser punto de partida, en las jornadas seculares de nuestra América, para consolidar la institución republicana y para afirmación solemne y definitiva de su soberanía internacional, mediante la concordia de las repúblicas que creó Bolívar y de las demás que amparó con el irresistible prestigio de su gloria.

Campo de Ayacucho, campo de muertos, cementerio de intrépidos guerreros; el polvo de sus restos, anímese al soplo del gran Profeta, para resurrección de las democracias bolivianas y de la confederación de la América Latina!

REMIGIO CRÉSPO TORAL.

Cuenca, Ecuador, 8 de Marzo de 1924.



